

LIBROS

ENSAYOS

EN EL CAMINO DE LOS ASTROS

José Luis Peset

Dpto. de Historia de la Ciencia, CEH, CSIC (España)

Mikel ASTRAIN GALLART, *Barberos, cirujanos y gente de mar. La sanidad naval y la profesión quirúrgica en la España ilustrada*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996, 336pp.

Alfredo MENÉNDEZ NAVARRO, *Un mundo sin sol. La salud de los trabajadores de las minas de Almadén, 1750-1900*, Granada, Univ. Granada/Univ. Castilla La Mancha, 1996, 318pp.

Rosa María MEDINA DOMÉNECH, *¿Curar el cáncer? Los orígenes de la radioterapia española en el primer tercio del siglo XX*, Granada, Univ. Granada/Asociación Española de Radioterapia y Oncología/Fundación Uriach, 1996, 303pp.

Se han conmemorado los 25 años de la institucionalización de la Historia de la Medicina en la Universidad de Granada. El magisterio del prof. Luis García Ballester permitió constituir allí un magnífico grupo de trabajo que todavía hoy sigue produciendo excelentes investigaciones. Se trata, por tanto, de una fecha gozosa que muestra la posibilidad de trabajar en este país, en donde los problemas de su ciencia vienen de la debilidad de las instituciones. Recuerdo que hace años mencioné los 25 años del trabajo historiográfico de José María López Piñero y su grupo valenciano, es preciso por tanto señalar ahora esta nueva efeméride. El grupo granadino se ha consagrado tanto a la historia del pensamiento médico —recuérdense los estudios de Guillermo Olagüe sobre la clínica romana—, como hacia la historia de la profesión —así los dedicados por Esteban Rodríguez Ocaña a la historia de la salud pública—. Como homenaje y conmemoración de estos años de trabajo, aparece el libro *Historia y Medicina en la Universidad de Granada. Siglos XIX-XX* (Universidad de Granada, 1997). Pero también han surgido recientemente tres monografías que recogen tres excelentes tesis doctorales leídas en el área de Historia de la Ciencia del Departamento de Historia de la Ciencia y Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Dar cuenta de ellos es mi objetivo y dado que los cómputos del calendario —esos 25 años— son obra y trayecto de los astros, a ellos recurriré.

ENSAYOS

VENUS. Una de las más atrayentes historias del pasado médico es la dura lucha que los cirujanos tuvieron que mantener para conseguir el brillante nivel social y científico en que hoy se encuentran situados. La cirugía fue por muchos siglos el último de los remedios a emplear por los médicos y no tan sólo por su evidente peligro, también por el desprecio que desde el fin del mundo clásico se tuvo por la actividad manual. El menosprecio de la mano en beneficio del cerebro en Aristóteles —tal como Farrington señaló— hizo a Galeno afirmar que en su vida en Roma no le era posible tal actividad. En la edad media la cirugía quedó muy por debajo de la medicina interna y tan sólo en el renacimiento y, sobre todo, en los siglos XVIII y XIX es cuando el cirujano ganó por fin la batalla que por siglos lo enfrentó al médico. Batalla que se daba en su vida diaria, en su entero quehacer, pues su formación y ejercicio eran por entero distintos. El cirujano se educaba y actuaba en el hospital, en el campo de batalla o en sus gremios, aprendiendo por libros, con un maestro o con la práctica. Muy rara vez acudía a las aulas —aunque las universidades tuvieron desde el renacimiento sus cátedras para ellos— mientras en los bancos universitarios se sentaba el futuro médico, que aprendía en los viejos clásicos, en latín, las difíciles teorías. El cirujano estaba más volcado a la práctica, sus libros eran sencillos y en castellano y practicaba con sus manos y con sus ojos, sin despreciar por ello la mente.

Con el tiempo, el interés de los monarcas, de las ciudades, de los hospitales, de los ejércitos y el desarrollo del pensamiento moderno facilitaron su promoción. El mecanicismo y el solidismo modernos les fueron más favorables que los viejos humores galénicos y la futura medicina anatómica será muy apta para sus habilidades. El poder conocer y penetrar el cuerpo humano será el triunfo de esta faceta de la medicina. Pues bien, sus logros en el siglo XVIII ya fueron muchos y para ellos se crearon excelentes escuelas, como las de Cádiz, Barcelona y Madrid... que luego sustituirían a las viejas facultades médicas. En ellas entraría la nueva ciencia, así la botánica o la química, y la enseñanza buscó su aspecto más práctico. Anatomías, disecciones, laboratorios, prácticas, asistencia clínica, vendajes y operaciones fueron su aprendizaje. Y casi todas las modernas especialidades por allá penetraron. Protegidos por el ejército y la corona consiguieron buenos manuales en castellano y excelentes instalaciones. Sus ordenanzas fueron cada vez más generosas, consiguiendo desde fines del XVIII el estudio de saberes internos, preludivando la unión que la medicina y la cirugía consiguieron en el XIX.

Claro está que todas estas novedades contadas por Mikel Astrain se enmarcan dentro de una mejora general de la ciencia y las instituciones científicas españolas. Este mismo quehacer teórico y práctico podemos encontrarlo, por ejemplo, en muchos de sus compañeros de la marina. Estos personajes fueron capaces de atravesar todos los mares, de conocer y estudiar las estrellas y los astros, e incluso de alcanzar una categoría cultural y social de primera importancia. Nombres como los de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, o la más desgraciada generación de Malaspina, Gravina y Churrucá, nos hablan en este sentido. Eran personajes de interés que supieron aunar diversas facetas bélicas, sociales y culturales. Sabios que perseguían a Venus en el cielo, y a las otras venus en paseos y poemas en la Tierra.

MERCURIO. El dios de la modernidad fue tan loado como perseguido. Ladrón castigado, también fue como Prometeo maestro para los hombres, a los que enseñó ciencias y técnicas, el comercio y las comunicaciones. Su nombre se atribuyó a un extraño mineral líquido, dotado de maravillosas propiedades. Así, fue capaz de corregir —de forma más o menos satisfactoria, siempre con problemas— los males que en el cuerpo humano acarrea el exceso de venus. Intervino en la ciencia y la técnica pues con él se produjeron muchos instrumentos de precisión, que sirvieron a la astronomía, la geografía o la medicina. Formó parte también de los espejos que sirven para la

ENSAYOS

ciencia, pero no menos para la vida cotidiana, a la que dan riqueza, belleza e incluso se creía que peligro y magia. Fue capaz de extraer de los minerales americanos su mejor plata, siendo indispensable para la corona para el llenado de sus arcas. Permitía el monopolio, el negocio e incluso el control hacendístico. En el siglo XVIII —tras la larga estancia de Fausto de Elhuyar en México— se consagró como el principal tesoro de la península, en cuya obtención la corona estaba muy interesada. Las generosas minas de Almadén lo producían en cantidad y éste sin cesar obtenía ricos metales preciosos.

Pero ese peligroso dios tenía dos caras, pues su producción era muy nociva para los trabajadores de las minas. La terrible combinación de mala alimentación, mucho trabajo, vapores mercuriales, ambiente malsano, riesgos y accidentes produjo graves enfermedades. Algunas de las que era más o menos inocente, como las fiebres tercianas, otras que a él se deben atribuir como el hidrargirismo. Esta maldición cursaba con sus claros síntomas de estomatitis, temblores y delgadez... añadiendo a la larga terribles inflamaciones de órganos vitales, en especial polineuritis y nefritis. Para su curación los ilustrados concibieron la puesta en marcha del Hospital asistencial de Almadén que funcionó entre 1752 y 1898. Alfredo Menéndez lo ha estudiado con especial interés y atención, insistiendo en la morbilidad y mortandad que las minas producían. Su gran época es el XVIII, pues estaba bien dotado y los cuadros eran graves y frecuentes; al parecer en el XIX decae pues sus rentas disminuyen y también la exposición de los trabajadores al riesgo, por lo que se convierte en asilo de crónicos.

Merece destacar el papel de algunos médicos que allí estuvieron, como José Parés y Franqués quien en 1777 escribe *Catástrofe morboso de las Minas Mercuriales de la Villa de Almadén y de sus Mineros*, en que analiza bien las causas y síntomas del proceso y procura remedios útiles. Por desgracia, la medicina de la época no podía auxiliar mucho a los enfermos, si bien recurre a muchas medidas, que van desde la electroterapia a los consejos morales a una población que se consideraba perversa. Sin duda, los remedios útiles de la época eran el abandono del trabajo, el reposo, la buena alimentación y la ayuda económica. Se consideraba que la vuelta a la agricultura —resuena Rousseau a través de Tissot— era sanarlos y evitar sus malas costumbres adquiridas en contacto con el rico metal. Todo esto es analizado por el autor, que da una rica colección de tablas y gráficos, en que analiza el trabajo y la producción, los costos, la asistencia, así como la enfermedad, en forma de estancias, muertes, accidentes y enfermos.

CÁNCER. Entre los signos del zodiaco Cáncer parece ser el que tiene connotaciones más lúgubres, pues las religiones antiguas y pensadores clásicos así lo lacran. En general, era el lugar adonde se dirigían los muertos y Hércules tuvo que aguantar sus ataques al serle enviado por Juno en su lucha con la hidra. Muerto por el héroe es lanzado al espacio para ocupar una de sus casas astrales. Hoy en día todavía es la segunda causa de muerte. En la imaginación popular —desde la edad media hasta tiempos recientes— era concebido como un animal que devoraba la carne humana, tal como señaló Marie Christine Pouchelle. Sigue hoy siendo un enemigo pavoroso ante el que cualquier esfuerzo por erradicar es insuficiente. Corresponde muy bien, como se muestra en la cubierta del libro de Rosa María Medina, a la lucha de san Jorge contra el dragón del que se defiende por medio de su lanza. Y también a la cruz de Santiago de la Asociación Española contra el Cáncer.

Pues bien, tal como la medicina anatomoclínica quería, era necesario un método eficaz de descubrir precozmente este mal para poder extirparlo. No eran suficientes las aportaciones de la medicina clásica, pues ni la auscultación, ni la percusión, ni la sucusión eran bastante eficaces y, en todo caso, tan sólo servían de advertencia diagnóstica. La apertura de cadáveres únicamente permitía una comprobación *postmortem*. Bienvenidos fueron, por tanto, los distintos instrumentos diagnósti-

ENSAYOS

cos que las nuevas especialidades aprovecharon en el siglo XIX, así el estetoscopio —o pectorilóquio de Lasso de la Vega—, el otoscopio o el laringoscopio. La laparotomía y las técnicas con contrastes endovenosos tardarán mucho tiempo más.

Con el descubrimiento y el manejo de las diversas radiaciones, así los rayos X y los radioactivos, surgía a la vez un método de diagnóstico y de tratamiento muy eficaz. Con ellos parece hacerse realidad esa lanza de san Jorge, o incluso la vieja flecha con la que Quirón curaba. Este milagro de ver y sanar se desarrolló sin embargo lentamente, pues los peligros del nuevo remedio eran extraordinarios. Los riesgos a que se sometió Mme. Curie o cualquiera de las embarazadas a las que aplicaban las radiaciones mostraron que era también dañina esta fuerza. No era sencillo dosificarla ni dirigirla hacia el blanco deseado. Este desarrollo es analizado por la autora en sus páginas y en sus tablas, estudiando la evolución de la tecnología y de la profesión que surgió en su derredor. Se pasa revista a las asociaciones, beneficencias, cátedras, congresos y publicaciones, implicados, junto a las biografías de los principales actores.

Especial interés tiene el estudio del Instituto Nacional del Cáncer que funcionó entre 1910 y 1936 como herencia —al igual que muchas especialidades— del Instituto Rubio. Se dedicó a la investigación y al tratamiento, y contó con excelentes instalaciones: dispensarios, camas, quirófano, sala de autopsias, además de los gabinetes de radioterapia. Hay que indicar que contó con pensionados, con plazas de médicos y enfermeras, e incluso un laboratorio de histopatología en el que tuvo la colaboración de Pío del Río-Hortega. Su actividad fue muy interesante —se señalan cursos, conferencias, publicaciones— hasta que en la República empezaron duras peleas internas, que la guerra cortó. También es necesario recordar otras instituciones notables, como las que tuvieron los hospitales catalanes de Santa Cruz y Clínico, así como la cátedra de la facultad de Madrid. Y no menos el Gabinete de Granada fundado en 1907.

Tales son algunas de las últimas aportaciones de este grupo de trabajo, sin duda uno de los más interesantes del panorama históricomédico actual. Su aparición muestra que la investigación sigue allí viva y que dará en el futuro otros muchos provechosos frutos. Sin duda, si los astros siguen propicios. ¡Que así sea!